

OPRESIONES
OPRESIONES
OPRESIONES



DANA HART

Imagen de Portada de Elizaria Flores, Bogotá, Colombia

Mi marido se fue a vivir con otra mujer. Si, estamos en un proceso de divorcio, pero todavía no se le ha puesto ningún sello a ningún papel. El Tribunal, el juez, no ha dado su veredicto, ni estamos todavía, legalmente divorciados y él, ya, así nada más, se fue a vivir con otra mujer.

Lo peor es que no quiere darme la dirección, que es mi derecho legal, para saber a dónde va a ir a quedarse mi hijo, una vez cada dos meses, cuando la pasa a buscar. No quiere decirme. ¿Qué teme? Que llegue con un palo de amasar y los rulos, a hacerle “cuática”, a él, y a la mujer, otra víctima.

Hace unos días, me cayó el peso de la noche. Antes de enterarme, como si tuviera un sentido arácnido que sin saberlo, me pone alerta de todo. Cayó sobre mi, una de esas crisis de atrapamiento, tan diferente a las crisis de pánico que describen, tan diferente a las crisis de ansiedad. La habitación se me cerraba sobre la cabeza,

igual que en esas escenas de las películas, de Indiana Jones por ejemplo, en las que las paredes comienzan a achicarse hacia el centro, llenas de pinchos que te van a matar. Así, literalmente. Solo pensaba en cuchillos, tijeras. La habitación cerrándose sobre mi, el filo, la amenaza de la muerte. Pero yo no puedo morir. No tengo ese derecho. Porque soy mamá, una buena mamá. No puedo decidir irme. Imposible. Así que me quedo- Con la habitación cerrándose sobre mi cabeza.

En ese momento, cuando apenas podía ver las luces de la calle entre los ojos llorosos, llenos de cielo, no sé por qué razón, pero me apareció la cara de Gastón Pauls. Así, nada más. Gastón Pauls. Prendí Youtube, y me puse a ver qué había para ver de él. Y saltó un programa, que no conocía, en donde el hombre, con ya 51 años, contaba que estuvo veinte años, subsumido en la droga, más específicamente cocaína, alcohol, fumando 200 cigarros al día, cagando en un balde porque le daba paranoia salir de la habitación.

Yo no tomo cocaína, ni me envicia el alcohol, pero me sentí absolutamente identificada. Tampoco cago en un balde. Pero la habitación, cerrándose sobre mis espaldas, me pareció que él sabía de eso. En el programa, daban unos arrobas para comunicarse, directamente con él, que aparentemente, después de salir de la tragedia, se había dedicado a ayudar a la gente. Le mandé un mensaje y me contestó de inmediato. Me dijo algo muy importante: “No hemos sido derrotados, es un buen momento, el ahora, para dejar de rumiar dolor”, y reivindicó mi trabajo, mi labor. Yo estoy cumpliendo por lo demás, 20 años dedicada a la causa, todos los días, como una obsesión superproductiva. No hubo un día, en 20 años, que no hiciera algo para ayudar, para colaborar con la lucha. Un afiche, un escrito, una reunión, un cartel pegado, una marcha, una huelga, un paro, algo, siempre algo, todos los días. Hasta mis vacaciones fueron a Zanon. Merecía, nada más, que aliento.

Le pregunté si podía escribir lo que habíamos charlado y hacerlo un texto híbrido, que es lo que más me gusta hacer, lo que más me resuelve las crisis, los problemas, las opresiones. Me dijo que sí, y cuando se lo envié, diagramado, con una portada de luciérnaga, me dejó de responder. Me hizo ghosting. ¿Si Gastón Pauls te hace ghosting, es gasting? Al principio me explicó que estaba con problemas personales, y yo esperé, pero luego vi sus historias publicitando ópticas y pañuelitos desechables. Historias con The Smiths de fondo, mirando el horizonte, tirándole mensajes de amor a alguien, supongo, a alguna modelo. Y yo esperaba como una colegiala, que viera mi tapa, el texto, que me dijera algo lindo, como un profesor al que se le entrega un ensayo elaborado, bien pensado, armado con toda la pasión. Esperaba un siete chileno o un diez argentino. Y solo obtuve silencio. Le escribí diciendo: “Me doy cuenta de que no tienes tiempo para salvarme la vida”, y lo bloqueé. No era Dios. Dios no me salvó. Tampoco Gastón Pauls. Lloré, patalee, “el cielo estaba vacío”, como dijo Sylvia Plath. Y luego me puse a pensar...

¿Por qué sigo esperando ser salvada por un príncipe azul? Una figura imaginaria, ficcional, que no existe más allá de mis deseos inconscientes. Varias noches soñé que me salvaba. ¡Qué pelotuda importante! Y empecé a tratar de recordar, quién había significado Gastón Pauls para mi, y claro, recordé Montaña Rusa del 94, ¡los 90!, qué época nefasta. Todo lo que se nos metió en la subjetividad en los `90, es como cloro en el pantalón. ¡Te odio años `90! Allí estaba, en el inconsciente, la figura referencial, el Dios de los `90. Rubio, de ojos celestes, piel más blanca que la leche, el héroe de todas las películas. Pero no me salvó... No pudo... No quiso... No tuvo tiempo... Agradezco dos frases importantes que me dijo y nunca olvidaré, pero de ahí a espantar la muerte, un abismo. ¿Por qué no pudo? ¿Por qué no quiso? ¿Por qué yo no valía tanto como Nancy Duplaá, o las modelos? Y entonces caí en la trampa, una vez más... Como si el valor de una, estuviese supeditado al otro, a él, al hombre. ¡Basta!

De nada me sirve “decretar” que los `90 van a salirse de esta piel, porque no funciona así. Pero puedo luchar, ¡voy a luchar! Puedo nadar contra los noventa y vencerle. Luchar con todas mis fuerzas, como estos 20 años luché por les demás, ahora puedo luchar por mí. ¡Me puedo salvar sola! Tengo mis amistades, sin las cuales no podría, pero mis amistades, mis verdaderas amistades, también están por fortalecerme. ¡Fortalecerme! Es la única perspectiva. Me pueden decir muchas palabras importantes, pero “a la hora del naufragio, nadie te rescatará”, contradiciendo a Mercedes Sosa. Hay un punto en el que una sí está sola. Sola. Y el cartel de “No estás sola, tienes al feminismo”, es muy valioso e importante. Pero la verdad, la verdad, la verdad, es que en la noche profunda, cuando las paredes se convierten en pinchos, hay que aprender a estar sola. Mi madre me dijo una cosa terrible que no he podido olvidar y decidí protegerme también. He tenido que ir protegiéndome de mucha gente. De gente que amaba. La decisión más

dolorosa que se puede tomar, pero también la más grande e importante.

Si, estás sola. Y hay que aprender a llenar el espacio, sin tenerle miedo a la oscuridad. Basta de fantasmas. Basta del imaginario del asesino que entra por la ventana. Basta de pesadillas. Anoche soñé que combatía contra tres hombres que me atacaban. Generalmente en los sueños, es imposible pegarle a alguien, porque se hace como un efecto impotencia, que los puños no tienen fuerza, ni las piernas pueden correr. En cambio, anoche, yo agarraba un hacha y le cortaba la cabeza a tres tipos desconocidos que me atacaban. A tres. Uno por uno. Con el hacha. Re sangriento el sueño, y yo no soy de esa onda, pero es expresivo y sintomático. Vencer la voluntad. Convencer al propio inconsciente de que se puede luchar contra lo que nos oprime. Que se puede correr. Que se puede cortar las cabezas indicadas y no las equivocadas. Desperté con la sensación en las manos, de haber cortado cabezas, con un hacha, con la cantidad de

movimientos que eso implica, igual que sobre la madera.

Después me puse a mirar fotos viejas y noté que cada vez soy menos feliz, y eso me preocupó de manera impresionante. La felicidad se me escapó. Se fue por la ventana. Lo veo en las fotos, donde antes sonreía, ahora hay ojeras y desmoralización. Sin embargo estoy más adelante. Avancé. Yo ya no recorro ciudades buscando a un hombre. No le sirvo un plano caliente en la mesa, ni le lavo un calcetín. Yo ya no espero que llegue. Yo puedo bloquear a Gastón Pauls y decirle: “No, vos tampoco me salvaste”. Y me siento orgullosa de eso. Me duele, profundamente, el vientre, el pecho, el corazón, los intestinos, pero mi hijo no va a tener un tatuaje de los `90 en la piel, porque yo no voy a permitirlo.

Si, mi marido se fue a vivir con otra mujer. Pero yo no me fui a vivir con otro hombre. Y eso me pone un paso adelante. Es como subir a un cerro, desde el que puedo ver todo en altura. Con mucho dolor, muchísimo,

altísimos costos, pero cada día más emancipada. Llora y la habitación se me viene encima, pero no tengo que abortar porque un pelmazo no sabe usar un condón. No tengo que poner caritas lindas, ni depilarme las axilas para gustarle a un boludo. No soy la presa de nadie. Aprendí a decir que no. Miro hacia el lado contrario de donde hay un muchacho guapo por la calle. Cinco mil años de dominación patriarcal sobre mis espaldas, y aprendí a decir que no. Podría haberme ido a vivir con un hombre también, hasta casamiento me ofrecieron, pero aprendí a decir que no. Para protegerme a mí. Para proteger a mi hijo. Hay algo más allá del amor. Estoy segura. Hay otros sueños que soñar, otros deseos que tener, mucho más allá del amor. Quiero esos caminos. Quiero esos sueños. Quiero tener deseos superiores que los de esperar a que llegue del trabajo un caracúlico con ganas de comer y coger. Otra perspectiva.

Agarré el texto que había hecho para Gastón Pauls y diagramé afiches que dicen cosas como: “toda emoción es temporal”, “nunca te lastimes”, para que sirvan a

otras personas. Los imprimí y me hice un cuadernillo que puse junto a mi cama y revisé los siguientes días, cuando la noche me cayó encima. No estamos solxs, pero a la vez lo estamos y es necesario que lo estemos. No puedo dedicarle mi vida a un solo hombre. Y no puedo morir tampoco por ninguno. Tiene que haber algo más allá del amor, un objetivo superior, y tiene que haber algo más allá también de veinte años de colaborar y voy a salir a ver qué es. Voy a usar los pinchos que se ciernen sobre mis paredes, para forjar una grieta en esta realidad, que todavía tiene un aire noventero. Para negar todo lo que esperen de mi. Para no dejar de luchar.



Recién Divorciada. Mañana voy a ir a buscar el papel que así lo acredita al Registro Civil. Así que no pude evitar pensar en él, como un beso final. Estaba recordando cuando hacíamos el amor. Yo tenía un espejo, largo, de esos que permiten ver el cuerpo entero, y muy a menudo, él se miraba.

Se miraba el cuerpo y apretaba los músculos. Fruncía el ceño y colocaba su boca con los cachetes hundidos, como tirando un beso. Se miraba. Se miraba a sí mismo en el espejo mientras hacíamos el amor. ¿Qué clase de Narciso actúa así? Nunca pude sentir su amor. Se amaba mucho más a sí mismo.



Hay un vecino que quiere robarse mi cuerpo para su deseo. Nada de amor. Nada de lavar los platos. Nada de sentarse en sofá a envejecer. Quiere mi cuerpo, sin la rutina. Sin el todos los días. Sin buenos días, ni buenas noches. Sin preguntarse cómo se está. Quiere mi cuerpo y mi deseo, como si fuera yo una quinceañera que todavía pudiera imaginar amor, donde no lo hay.

Y como le digo que no. Que no quiero darle mi cuerpo, sin espíritu, sin alma. Se enoja. Se altera. Se ofende. Anda en cosas raras por el barrio. Movimiento su auto de acá para allá. Haciendo movimientos extraños en cuadras extrañas, en supermercados extraños, con billeteras extrañas. Como le digo que no, me quiere

más. No a mí. A mi cuerpo. No a mis mañanas llenas de contradicciones, no a mis ganas de revoluciones. Al cuerpo, al cuerpo que se va. ¿Será que es la época? Femicidas de esquina, que duermen con la ropa puesta, y solamente cuando pasaron las tres de la mañana. Me aterra. Escalofríos. El miedo al vacío. A la soledad de estar con alguien que no sabe que está conmigo, que cree estar con mis piernas, con las sensaciones, con la pura emoción. La obsesión por lo que no quisieron tener. O lo que no pudieron por cobardía. Por no tener nada tras las pestañas. Mi cuerpo tampoco quiere.

WWW.DANAHARTESCRITORA.COM